

# Unas cuantas palabras por Carlos Montemayor\*

Jaime Labastida



Carlos Montemayor, María Chumacero y Gómez Luna y Alí Chumacero. Fotografía: Virginia Abrín

\* Texto leído en la Unidad Azcapotzalco de la UAM el 9 de marzo de 2015.

CARLOS MONTEMAYOR fue electo miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua el 30 de agosto de 1984. Leyó su Discurso de ingreso, gracias al que tomó posesión de la cátedra xx, el 14 de marzo de 1985. La dejó vacante al morir, el 28 de febrero de 2010. Por quince años fue el segundo ocupante de esa silla que, antes que a él, le perteneció, a lo largo de casi cuarenta años, a don Antonio Castro Leal. En la AML, Montemayor cumplió varias funciones, en especial aquellas que guardan relación con los agudos problemas de las lenguas vivas de los pueblos amerindios a los que, como ustedes saben, dedicó su interés, al grado de elaborar un breve *Diccionario del náhuatl en el español de México*. El diccionario está dividido en varias secciones: en la primera de ellas se ocupa de los nahuatlismos que se han incorporado en el español hablado por nuestro pueblo; le sigue una sección de herbolaria; luego, otra de toponimias y, finalmente, otra de frases y refranes. El diccionario examina casos de nahuatlismos dudosos y ofrece, por último, nombres personales en náhuatl: los que usa nuestro pueblo para registrar civilmente a sus hijos. El diccionario es, por tanto, un instrumento de gran utilidad. Montemayor se apoyó en el nahuatlato Librado Silva Galeana, originario de Milpa Alta, discípulo de Miguel León-Portilla.

Conocí a Montemayor cuando era un muchacho, llegado poco tiempo antes a la capital desde el norte de la república. Aquí hizo su morada definitiva. Los dos acudíamos por entonces a la editorial que habría de publicar nuestros primeros libros. Hablo, por supuesto, de Siglo XXI Editores, cuya sede estaba por esos años en una vieja casona de las calles de Gabriel Mancera, hoy desaparecida. La editorial había sido fundada apenas unos años atrás, en 1965, por Arnaldo Orfila Reynal, el editor emérito de América, mi amigo, mi maestro.

Montemayor era silencioso, acaso taciturno. Su primer libro, *Las llaves de Urgell*, se publicó en 1970, a los veintitrés años de su edad. Lo dibujó por entero: dueño de una escritura serena, dominada por el gusto de los sonidos y por la sensualidad de las palabras, más que por su sentido. Era una prosa musical, oscura, silenciosa. Por él recibió el Premio Villaurrutia. Al reeditarlo, en 2010, “como un mínimo homenaje a su memoria”, redacté el texto que aquí reproduzco: “Las palabras con las que se ha construido este libro son de tal naturaleza que fluyen con una lentitud extrema. En la música, los silencios poseen el mismo valor que las notas a las que acompañan. Otro tanto sucede con *Las llaves de Urgell*: los suaves intervalos de las palabras que lo componen lo acercan a la música, acaso al silencio. Los textos de *Las llaves de Urgell* no son narraciones en el sentido clásico del término; por lo mismo, no asumen el carácter de relatos lineales: son imágenes fijas, detenidas, sin tiempo. En todos ellos tiene una importancia decisiva el silencio. Se trata del silencio que envuelve a los pequeños pueblos mineros, el silencio de las sierras altas, el sonido apenas audible del viento en las ramas de los encinos. *Las llaves de Urgell* ya mostraba al escritor exigente en que habría de convertirse”.

Aquel Montemayor juvenil, embriagado por una atmósfera de silencios y penumbras, por las voces suaves que salen de las bocas de los mineros o los jinetes que

atraviesan la serranía opaca, dejó paso, con el tiempo, a otro escritor, ahora preocupado por los asuntos políticos y sociales. Lo prueba *Guerra en el paraíso*, un texto en donde se enlazan realidad y ficción: la realidad cruda, el relato de hechos duros, como si se tratara de un testimonio de datos fríos, con personajes ficticios, no por eso menos reales, de una novela trágica y terrible.

Montemayor estudió música en Chihuahua y siempre le satisfizo cantar con una voz de barítono. Así, en un extremo está el Montemayor de los silencios, el que se deleitaba en el goce sensual de las palabras y, en el otro, un Montemayor adulto, igualmente reposado, dueño, empero, de una dimensión diferente. El arco va de *Las llaves de Urgell* a *Guerra en el paraíso*. Con ellos, algún otro ensayo que necesito mencionar, *Los pueblos indios de México, hoy*, escrito y publicado en el año 2000, cuando finalizaba el segundo milenio.

Este libro es un examen del estado que guardan los pueblos de México en el momento actual. Tal vez no sea una aportación teórica original, pero es de utilidad extrema. No intentaré su análisis. Tampoco mostraré ninguna de mis diferencias. Sólo subrayaré dos o tres aspectos, decisivos. Si al inicio de la colonización de lo que hoy es México, los pueblos originarios eran la mayoría de la población; si hacia finales de la época colonial, formaban el cuarenta por ciento de los habitantes del territorio (poco más de dos millones de personas); si al finalizar el siglo XIX, los amerindios eran un núcleo de cuatro millones (la cuarta parte de nuestra población), ya iniciado el siglo XXI, su número, lejos de decrecer, aumenta. Disminuye en proporción al número total de habitantes del país, pero se eleva en números absolutos. Hoy, según varios censos, alcanza un número de entre diez y doce millones de personas, el diez por ciento del total de los habitantes del territorio. Su situación cultural es diversa, pero en todos hallamos, de un modo u otro, la impronta de la cultura occidental: en su visión del mundo (casi todos ellos han hecho una mezcla de sus ritos con la liturgia católica), en su ropa o en su culinaria. Ofrezco algunos rasgos. Los coras y los huicholes han incorporado en sus ritos

ciertos aspectos de la religión cristiana, pero le han dado un carácter distinto. La Semana Santa, donde no oficia ningún sacerdote católico, es la representación del nacimiento y la muerte del Sol, bajo la forma de un Cristo niño. Los danzantes son astros (diurnos y nocturnos): el ritual intenta conservar viva a la Tierra, que nos nutre. Tzotziles y tzeltales se visten con cotones de lana, proporcionados por sus ovejas, animales de los que carecían antes del arribo de los europeos. Hoy, los pueblos amerindios cocinan con grasas vegetales o animales, que no había aquí antes de la llegada de los conquistadores hispanos.

Sin embargo, no cabe la menor duda de que los pueblos amerindios, vivos hoy, por fortuna, incrustan esos rasgos en el tronco de una visión mítica, ancestral, del universo. Montemayor pone en relieve, por ejemplo, un asunto de justicia, que rescato. Un joven rarámuri mató, en el curso de la festividad de Semana Santa, a uno de sus compañeros. Reunida la comunidad, adoptó la siguiente decisión: el asesino debía trabajar y hacerse cargo del sostén de la mujer y los hijos del hombre asesinado. En vez de “castigarlo”, encerrándolo en la cárcel, la autoridad del pueblo, de acuerdo con la asamblea, le exigió mantener a su familia y a la del muerto, hasta que los niños fueran capaces de bastarse a sí mismos. “El derecho rarámuri, afirma Montemayor, busca reparar el daño, restituir lo prestado, reconocer obligaciones y derechos, más que el castigo o la condena por un delito”.

Este modo de impartir justicia está lejos de lo que se considera justicia entre la mayoría de los mexicanos, digo, en la mayoría nacional hispanohablante. Es obvio que se requiere de un alto grado de conciencia para obrar así. Si el asesino fuera un blanco, un mestizo, un ladino, se habría escapado para evitar cumplir con ese mandato. En nuestros pueblos originarios vive un lazo comunitario, imposible de romper. ¿Podríamos aprender de ellos, en vez de ocultarlos y desdeñados? Una de las grandes enseñanzas de Montemayor consiste, precisamente, en ese reclamo. Debemos atenderlo, sin duda alguna. ■■